

***Formas de epistemología contemporánea. Entre realismo y anti-realismo, de Paolo Musso***



*Formas de epistemología contemporánea. Entre realismo y anti-realismo, de Paolo Musso.*

Lima: Fondo Editorial de la Universidad Católica Sedes Sapientiae, 2012, 272 pp.  
ISBN: 978-9972-2970-4-5

Es un lugar común señalar que la epistemología tiene que ver con el conocimiento. De allí en adelante surgen no solo diferencias, sino también dificultades. Una diferencia, que vale la pena destacar,

es que para unos la epistemología estudia el conocimiento en general, desde un punto de vista filosófico, con lo cual el término resulta aproximadamente sinónimo de «gnoseología», mientras que para otros la epistemología se restringe a uno de los tipos de conocimiento: el científico. De esta manera el término es sinónimo de expresiones como «Filosofía de la Ciencia», «Teoría de la Ciencia», «Teoría de la Investigación Científica», etc. Pero una dificultad de primera magnitud está en lo que podría concebirse como la paradoja de Gödel aplicada a la epistemología.

Como se sabe, Kurt Gödel demostró la imposibilidad de hablar de cualquier sistema de cosas utilizando los mismos recursos internos del sistema en cuestión (la expresión «yo siempre miento» del mentiroso es una expresión paradójica). Si todos tenemos determinados filtros preteóricos, precognitivos, que condicionan

el modo en que conocemos y que implican ciertas preconcepciones sobre qué es el conocimiento y sobre cuáles son sus vías legítimas de producción y validación; entonces, al hablar sobre el conocimiento, inevitablemente ellos intervienen y ocurre que hablamos sobre ‘conocimiento’ utilizando los mismos recursos de nuestras propias formas y procesos de *conocimiento*, lo cual oscurece el asunto. Una solución clásica a la paradoja de Gödel (que se refiere al caso de los sistemas lingüísticos en general y más específicamente a los sistemas formales) está en crear un «meta-lenguaje» que nos permita hablar adecuadamente del «lenguaje-objeto» (para el ejemplo citado, podría ser «la frase “yo siempre miento” es verdadera»). Pasando al caso de la paradoja epistemológica, esa solución consistiría en crear algún sistema externo que considere los distintos filtros precognitivos, o sea, distintas perspectivas que condicionan nuestros propios procesos de conocimiento y que, por tanto, nos permitan hablar de este según tal o cual perspectiva. Este es un modo en que podríamos entender y manejar los debates entre, por ejemplo, «empirismo» y «racionalismo» o entre «idealismo» y «realismo», por solo citar un par de divergencias. El hecho es que resulta imposible manejar cualquier tesis epistemológica sin considerar la perspectiva preteórica desde la cual se plantea y por eso las discusiones entre perspectivas diferentes resultan lógicamente irresolubles: al estar condicionadas por esos filtros cuyo carácter es precognitivo resultan irreductibles en un plano lógico y racional. En consecuencia, la solución consistiría en construir un aparato conceptual que explique la generación de teorías del conocimiento a partir de diferentes perspectivas. En este sentido, el siglo XX parece haber sido testigo de tres de ellas, en diálogo e influencias

mutuas. Una primera concibe la epistemología como Filosofía Analítica, siguiendo la herencia del Círculo de Viena; luego, una concepción libre, tanto en un plano filosófico no analítico como en un plano socio-histórico, cultural, psicológico y antropológico y que abre la epistemología al diálogo con el contexto y la historia. Por último, la epistemología se concibe como Meta-Teoría.

Comprender las cosas así ayuda a leer la historia de la filosofía de la ciencia del siglo xx. En el corazón de estas perspectivas hay quienes encuentran, como el profesor Paolo Musso, un hilo conductor más fino: la concepción de razón. Para él, el problema principal de la filosofía de la ciencia del siglo xx «debe ser identificado[...] en la idea de razón» (p. 27) que las diversas perspectivas e ismos filosóficos han suscrito a lo largo de dicho siglo. Según Musso «existen, fundamentalmente, dos (y solo dos) concepciones de la razón

que se oponen desde siempre dentro de la historia de la filosofía[...]: la primera considera a la razón como “medida de todas las cosas”; la segunda considera a la razón como “apertura” a la realidad» (p. 27).

El libro del profesor Musso ofrece una buena exposición de los principales problemas y las articulaciones de la epistemología o filosofía de la ciencia del siglo xx, siguiendo precisamente ese hilo de lectura. Nuestra impresión es que el libro tiene un doble propósito, uno explícito y el otro implícito. El propósito explícito es presentar las raíces y el desarrollo de estas percepciones y usos de la razón. Para ello, el libro de Musso hace uso de una bibliografía bastante completa, además de un buen conocimiento de la filosofía anglosajona contemporánea. En lo que a ello respecta, es un punto a favor de Musso su permanente interés por dialogar con los autores elegidos en su texto, sin quedar,

empero, atrapado en el logoi de los autores y legados que revisa. La estrategia de discusión que emplea Musso consiste en marcar su propia identidad, renunciado así al mito de la «neutralidad», y presentando, en cambio, «las tesis de los diversos autores según mi propio punto de vista» (p. 26).

El libro consta de once capítulos, ofrecidos en dos partes (la primera, constituida por los capítulos I al V; la segunda, por los capítulos VI hasta el final). El tratamiento que en ellos se ofrece sobre corrientes de pensamiento y autores es relativamente independiente, lo que facilita el uso del texto y que puede consultarse provechosamente, sobre todo, por el lector especializado. Repasemos esquemáticamente estas dos partes.

En lo que concierne a la primera parte, titulada «De la fe al escepticismo: los orígenes», los capítulos del I al V abordan de manera problemática e histórica los

temas asociados a la revoluciones científicas del siglo XX y su crisis (I), al desarrollo del neopositivismo lógico y el verificacionismo (II), los alcances y el legado del falsacionismo de Karl Popper (III), y, por último, una discusión con las teorías denominadas relativistas (V) y que incluyen una revisión de los aportes y problemas sugeridos por Quine, Davidson y Rorty. En esta primera parte Musso incluye un apartado para el análisis de la obra de Gaston Bachelard (IV), cuya presencia no pasa inadvertida al lector entrenado, toda vez que para el francés, científico y poeta, el espíritu científico no es una filosofía homogénea, sino pluralismo filosófico; para abordar la realidad Bachelard confirma «los estrechos e inevitables lazos» (p. 109) entre epistemología y metafísica.

A lo largo de esta sección, el lector puede hacer un acucioso recorrido por el itinerario trazado por el Círculo de Viena, el falsacionismo

popperiano o el sociohistoricismo kuhniano, pero que no es ajeno a otros derroteros como el de la Escuela de Edimburgo, Feyerabend y Lakatos.

Se repasa pues cómo las tesis del Círculo de Viena fueron asaltadas por el falsacionismo popperiano, pero, sobre todo, por una visión deductivista de la ciencia, que asigna más valor a las estructuras de pensamiento y razonamiento que a la experiencia. No se trata solo de los objetos que aparecen directamente a la experiencia, a los sentidos, sino también, y, sobre todo, aquellos que pueden ser ‘imaginados’, razonados, aquellos cuya naturaleza oculta puede ser manejada mediante estructuras de razonamiento y puede ser expresada mediante sistemas lógico-formales. Se pasa así de los objetos «transparentes» (abiertos a la experiencia) a los objetos «opacos» (cerrados a la experiencia, pero abiertos al razonamiento). Los casos de Einstein, en física, y de Chomsky,

en lingüística, en su polémica contra el neoconductismo y el descriptivismo, son históricamente emblemáticos.

Por su parte, Popper tuvo el gran mérito de plantear el problema de cómo crece el conocimiento científico, tras cuya búsqueda tuvo lugar su célebre polémica con Kuhn, así como las propuestas de Lakatos («programas» de investigación). Sin entrar en los pormenores de este hecho, cabe resaltar que, como consecuencia, dentro del racionalismo-realista surge la introducción del elemento socio-histórico en el análisis de la ciencia. Lo que Reichembach, en los años del empirismo lógico, había planteado como la diferencia entre «contexto de descubrimiento» y «contexto de justificación», pero la imposibilidad de que la epistemología considerara el primero de esos contextos, se revierte ahora, recibiendo importancia los aspectos culturales e históricos. Lo importante es que

esta introducción –sobre todo la «inconmensurabilidad» de Kuhn, llevada al máximo por Feyerabend– (cf. pp. 122-140) marca una cierta confluencia con algo que se gestaba desde años antes –y que Musso no explora– en la Escuela de Frankfurt, que representaba un enfoque epistemológico diferente: la ‘ciencia de los objetos interpretables’. Para dicha Escuela la «explicación» científica es insuficiente para comprender las relaciones sociales, culturales y tecnológicas del ser humano.

En relación con la segunda parte, que lleva por título «Hacia el corazón del problema: realismo y anti-realismo», Musso sostiene que en el debate entre realismo y anti-realismo «se revela el sentido último de la evolución seguida por la filosofía de la ciencia» (p. 147). Los capítulos de esta sección ofrecen detallados análisis sobre las tesis epistemológicas de Bastiaan Van Fraassen (VI), Hillary Putnam

(VII), Horace Romano Harré (IX), Maritain y la escuela tomasiana (X) y Evandro Agazzi (XI). Al igual que en el caso de la sección primera, Musso reserva un espacio para la obra del físico Fritjof Capra (VIII), para quien, los conceptos de la física moderna llevan a una visión del mundo muy similar a la de los místicos de todas las épocas y tradiciones, en especial el budismo y el taoísmo. Musso aclara en una nota al pie de página que su elección de estos autores responde a una elección de una especie de «espectro continuo de la posición más drásticamente anti realista a la más convencidamente realista» (p. 147).

Así, si en la sección anterior se han repasado distintas versiones filosóficas del uso de la razón como medida de todas las cosas, excepción hecha de Bachelard, y se ha cuestionado el prejuicio que acepta dogmáticamente algunas premisas derivadas a partir del conocimiento científico positivo como fuente de

explicación de todo lo existente, en esta segunda sección se analiza la obra precisamente de autores que suscriben diversas formas de realismo o que lo rechazan.<sup>1</sup> El lector se enfrenta aquí con un problema, metodológico: hasta este punto Musso no ha definido qué hay que entender por realismo o por anti-realismo, pero espera que el lector que lo ha seguido hasta aquí concluya, si el hilo de la madeja argumental que nos ha ofrecido es correcto, unos y otros, realistas y anti realistas suscriben una manera particular de entender la razón lo cual les permite –o no– superar la fractura entre ella y la realidad, «entre experiencia sensible y racionalidad» (p. 147).

Si el realismo implica que existe una realidad independiente

<sup>1</sup> Nótese que el realismo no es una posición filosófica, ni hay solo un rango de argumentos a favor y en contra de él, sino que realismo y anti-realismo son términos genéricos con los cuales se denominan grupos o familias de doctrinas.

de nosotros, pero también la certeza de que existe una correspondencia entre nuestra razón y dicha realidad, los autores revisados en esta sección ofrecen diversas maneras de acercarse a este problema. De hecho, Musso apela a la definición de anti realismo de Van Fraassen para presentarnos el empirismo constructivo de este autor (pp. 148 y ss.). Luego, se suceden los análisis sobre el realismo interno de Putnam y el realismo sin verdad de Harré (pp. 198 y ss.) para dar luego paso a las tesis realistas de Maritain y Agazzi. Al no poder, por cuestiones de espacio, revisar con detalle el análisis que hace Musso de todos estos autores, nos concentraremos en algunas afirmaciones suyas en especial en relación con la obra de Van Frassen y Putnam, representantes de formas de anti realismo. Reservaré al final un comentario sobre el realismo de Agazzi.

Existen por lo menos dos líneas argumentales en las críticas

que se le han hecho al realismo en los últimos años. Ambas influyen sobre muchos pensadores, especialmente, aquellos que se inclinan al escepticismo radical y a formas de constructivismo, antinaturalismo y hasta misticismo. Una es representada por Bas Van Fraassen; la otra se apoya en la historia, como es el caso de la lectura escéptica de la historia de la ciencia propuesta por Larry Laudan.<sup>2</sup>

En *La imagen científica*, obra que Musso analiza, Van Fraassen pone al descubierto la rivalidad entre las concepciones ontológicas de dos escuelas filosóficas, el realismo y el empirismo científico. En efecto, y así lo señala Musso, en esta obra, los puntos neurálgicos se centran en su visión de teorías como construcciones científicas, los lenguajes teóricos empleados y los conceptos tan ampliamente debatidos: la adecuación empírica y

la necesidad de salvar los fenómenos. Desde el empirismo constructivo, una teoría debe entenderse como una descripción tentativa de la realidad o un intento para acertar a la verdad, que en algunos casos consiguen reflejar la estructura real del universo, por lo tanto, que no existe razón para suponer que lo que nos describen las teorías científicas es verdadero.

El empirismo constructivo es un ejemplo de una respuesta negativa a la cuestión de la relación entre ciencia y realidad. Van Fraassen no niega que las teorías científicas puedan hacer afirmaciones verdaderas acerca de estados de cosas inobservables; no obstante, no estamos en posición de saber si tales afirmaciones son verdaderas. Van Fraassen niega que podamos tener conocimiento de aspectos del mundo que sean incapaces de verificación por la experiencia sensible humana. Por consiguiente, mientras la ciencia puede otorgar

<sup>2</sup> cf. Laudan, Larry, «A Confutation of Convergent Realism», en: *Philosophy of Science*, XLVIII (1981), pp. 19-49.

conocimiento de las dimensiones observables de la realidad, otorga solo un acceso limitado a ella. La obra de Van Fraassen discute los argumentos concernientes al realismo científico, una nueva imagen de las teorías recurriendo a la estrategia de salvar los fenómenos y a una visión con respecto a la pragmática de la explicación, pero, como hace notar Musso, concediéndole un lugar, aunque débil, a la metafísica (p. 156), esto es, a la aceptación de la idea de correspondencia entre razón y realidad.

En lo que concierne a Putnam hay que señalar que estamos ante un filósofo con una gama muy amplia de intereses. Si se atiende a los trabajos reunidos en los dos primeros volúmenes de sus *Philosophical Papers* (1975) se pueden apreciar aportes a áreas tan dispares como filosofía de las matemáticas y la lógica, filosofía de la física, del lenguaje y de la mente. Con el paso de los años estos trabajos

dieron pie a una visión denominada «realismo científico». Hacia 1976 se produce un quiebre: Putnam adopta una posición filosófica anti-realista que él denomina «realismo interno».

Uno podría detectar en este autor tres etapas: las de «realismo científico» (hasta 1976), «realismo interno» (1976-1994) y «realismo natural» (desde 1994). Por supuesto, esta división debe tomarse solo como una guía general para comprender mejor su pensamiento. No se trata de tres compartimentos estancos; son muchos más los puntos en los que es patente una continuidad en el pensamiento de Putnam, que aquellos en los que aparece una ruptura. Existe continuidad en los intereses y también continuidad en determinadas líneas de evolución que se caracteriza por una crítica y un alejamiento cada vez más marcados de la idea de que toda nuestra racionalidad es nuestra racionalidad científica. Este rechazo va unido a la defensa de una idea

de racionalidad más amplia y a la crítica del relativismo. En *Realism and Reason*, Putnam anunció que el «realismo metafísico» es «incoherente», pero no el «realismo interno». Cuando Putnam habla de «realismo interno» indica la defensa abductiva de la objetividad de las teorías científicas maduras; el «realismo interno» designa la teoría empírica explicativa del éxito de la ciencia. Sin embargo, se rechaza ahora la noción de «verdad» como «correspondencia», la idea de una descripción única y completa del mundo tal como es en sí mismo y se propone, una noción de verdad como verificación idealizada, cercana a las tesis de C.S. Peirce.

Se ha entendido la noción de «realismo interno» simplemente como el rechazo del «realismo metafísico» y se etiquetó la nueva posición filosófica de Putnam, quien aceptó el equívoco en *Reason, Truth and History*. En términos muy generales, el «realismo metafísico»

es caracterizado como la teoría filosófica en la que (a) el mundo consiste en cierta totalidad fija de objetos independientes de la mente; (b) existe exactamente una descripción completa y verdadera del mundo, y (c) la verdad es cierta relación de correspondencia entre las palabras o signos del pensamiento y las cosas. El «realismo metafísico» es también llamado «externalismo», pues pretende describir las cosas tal como son en sí mismas, desprendidas de todas nuestras proyecciones y de nuestros modos humanos de acceder a ellas. El «realismo interno» es, por el contrario, una posición en la que (a) solo cabe hablar de «objeto» o «propiedad» al interior de un esquema conceptual que no es impuesto por el mundo, sino que depende de nuestros intereses pragmáticos; (b) no existe un único esquema conceptual sino una pluralidad, y (c) la verdad es comprendida como aseverabilidad racional idealizada. Como el

distanciamiento del «realismo metafísico» pareciera inducir un peligroso acercamiento a una posición como la de Richard Rorty, Putnam es especialmente enérgico para mantener a distancia el peligro del relativismo, pero también de la metafísica (p. 173).

Frente a este panorama, en el que podría pensarse que el realismo ha muerto, a manos de Kuhn, Van Fraassen, Putnam y otros pensadores, es posible encontrar manifestaciones a favor del realismo. Tal es el caso de la comprensión mejorada que se tiene del carácter, alcance y límites de la representación científica llevada a cabo por hace algunos años por Giere.<sup>3</sup> Otro caso, que Musso nos muestra con detalle y solvente manejo, es el de Agazzi.

Musso repasa la obra de Agazzi y se concentra en una revisión de sus tesis sobre el formalismo, el pluralismo y la objetividad de

la ciencia. Sobre esto último, es posible distinguir dos niveles: el que se puede llamar objetividad «fuerte» y el que se denominará como de objetividad «débil». El primer nivel alude al significado corriente que le damos a la ciencia y su capacidad de ofrecernos conocimiento confiable de la realidad (p. 220). El sentido débil, propiamente hablando ha de entenderse como intersubjetividad, esto es, como el hecho según el cual, «los enunciados científicos son independientes del sujeto que los enuncia, en cuanto, al menos en principio, pueden ser controlados por cualquiera» (p. 221). Estamos pues ante un realismo que no pretende alcanzar la esencia de las cosas, sino «algunas propiedades» que exigen tener claros criterios para su abordaje. Por otra parte, Musso señala que para este autor, la racionalidad científica se aplica a la «hazaña de una teología racional [...] siempre que el *horizonte restringido de la ciencia* sea alargado mediante el

<sup>3</sup> cf. Giere, Ronald, *Scientific Perspectivism*, Chicago: University of Chicago Press, 2006.

trabajo de una metafísica cognitiva» (p. 231).<sup>4</sup>

El saldo con el que se queda el lector al final de esta sección es que la historia del pensamiento bien puede apelar a la metáfora pendular: a inicios del siglo XX se inclinaba hacia el anti realismo en sus varias versiones y, en las postrimerías del siglo, se ha operado un desplazamiento hacia realismos de diverso cuño. En síntesis, la noción de epistemología y, por tanto, la consideración de las diversas tendencias en su desarrollo histórico, no pueden ser tratadas unívocamente y ni siquiera descriptivamente, sino solo por relación con determinadas perspectivas de fondo que, según Musso, han de encontrarse en la manera cómo ellas utilizan el concepto de razón. Entender esto es importante para no extraviarse entre autores y propuestas que desean explicar la ciencia.

Resulta grato encontrarse con trabajos como el del profesor

Musso. De una manera esclarecedora, pero exigente al lector, su texto es un valioso aporte para la reflexión sobre esta materia. En un libro como este, sin embargo, el lector echará de menos una sección final de balance.

Juan Carlos Díaz  
Universidad Antonio Ruiz de  
Montoya  
jcdiaz@uarm.edu.pe

---

<sup>4</sup> Las cursivas son nuestras